

El Cocinero y la Ostra

Lucía Núñez García



Francia, 1753. Luis XV quiere reunirse con su nueva amante Catherine de Beauprè lejos de las multitudes de Versalles, en el château des Ormes, cerca de Poitiers. Diego de Hurtado, maître de cocina y aventurero, es enviado al château para espiar ese encuentro. Mientras se espera la llegada del rey, los personajes de esta novela coral muestran ante el lector un panorama variopinto: tímidos botánicos seguidores de Linneo, autómatas ajedrecistas, lavanderas deslenguadas, aristócratas aficionadas al tarot y un cerdo trufero. «El cocinero y la ostra» es un relato delicado e irónico, a veces grotesco, que gira en torno a la mentira y que presenta un choque entre dos mundos: el racionalismo ilustrado de la condesa de Argenson y el carácter apasionado del joven cocinero que muestra una peligrosa debilidad por la belleza.

A Eva y Aureliano

1

PALACIO DE VERSALLES, NOCHE DEL 16 DE OCTUBRE
DE 1753

LA OBRA DE TEATRO FINALIZÓ y el rey se olvidó de aplaudir. Uno, dos, tres, cuatro... Absorto en el puño de encaje de su camisa, permanecía inmóvil. Pensaba en la curva de la cadera de Catherine de Beauprè y en la próxima cita de ambos en Les Ormes. El pensamiento le provocó un imperceptible suspiro más parecido a un gemido y, en vez de aplaudir como todos esperaban, se hundió un poco más en su asiento.

Madame de Pompadour permanecía en el escenario, confiando en la buena suerte que hasta entonces nunca la había abandonado. Su disfraz de Galatea —amplia falda y color de nieve— tenía decoraciones que hacían pensar en algas marinas. Partículas doradas flotaban por doquier. Los sudados brocados de hilo de oro que vestían las cortesanas lanzaban destellos, al igual que los paneles decorados que cubrían las paredes del pequeño teatro. El silencio era absoluto. Las respiraciones se detuvieron. En medio de esa sensación de apnea colectiva solo la amante real, de pie en el escenario, parecía respirar con normalidad.

Los senos de muchas damas se agitaron en sus escotes, como los *bonets au chocolat* que temblaban en sus bandejas de plata al salir de las cocinas. La pequeña *madame* de Frénilly, recién presentada en Versalles y lánguida como un

cisne, pensó que iba a desmayarse, y de hecho se desmayó. No había presenciado en su vida nada tan excitante.

El autor de la obra, apoyado en una columna frente al escenario, parecía también a punto de desfallecer. Las actrices, sentadas en la primera fila reservada a los artistas, le observaban atentas en previsión de un mareo.

Luis XV seguía observando el puño de su camisa. Un abanico cayó entonces al suelo. El rey, sobresaltado, miró a su alrededor sin entender. Tras unos instantes, miró también sus manos y las hizo chocar débilmente, casi con esfuerzo, una contra otra.

El aplauso se extendió por todo el teatro. *Madame* de Pompadour bajó del escenario y fue a sentarse con *grand aplomb* junto al rey. El dramaturgo, más muerto que vivo, avanzó con torpeza hacia su sitio y dos actrices le ayudaron a sentarse en su silla.

El divino Caffarelli, *castrato* mimado por compositores y reverenciado por el público en toda Europa, apareció entonces en el escenario. Esperó unos instantes, con la esperanza de recuperar la atención de los asistentes. Pero a nadie le interesaba ya Caffarelli quien, resignado, inició lentamente los primeros compases de esa aria de Gluck que tantos triunfos le había dado.

LOS ASISTENTES a la obra fueron saliendo del teatro y en grupos recorrieron los jardines que les separaban de la Galería de los Espejos. La noche había caído sobre el palacio. El viento comenzaba a soplar y agitaba casacas de seda y capas que se hinchaban con el aire, complicando las conversaciones. El tiempo estaba cambiando y se sentía el aire saturado de una humedad que bien podía anunciar una temporada de lluvias.

Las pocas antorchas que seguían encendidas resistiendo a las corrientes de aire soltaban un humo denso y negro.

Las grandes puertas de entrada a la Galería de los Espejos se abrían según entraban los recién llegados. En la Galería se había montado la mesa de la Faraona y el ruido resultaba ensordecedor. Era el efecto causado por decenas de personas arremolinadas alrededor del juego. Había cortesanos jugando y muchos más mirando. Había damas subidas en los alféizares de las ventanas y si no se caían era porque estaban tan apiñadas que cualquier movimiento, incluyendo el de caída libre, era imposible.

Las luces de los candelabros iluminaban los reflejos en los grandes espejos que daban nombre a la Galería, creando aún más confusión y multiplicando el gentío. Cuando se abría alguna de las puertas de entrada, una bocanada de aire fresco se abría paso por un instante. Oscilaban levemente las lámparas que pendían del techo y se llenaban de sombras chinescas las paredes. Luego el hedor a sudor y perfumes volvía a adueñarse del aire de la sala.

Predominaban los peinados coronados por llamativos cuernos, muy de moda esos días debido a la presencia en París de Clara, una rinoceronte blanca africana famosa en media Europa. La moda de Clara causaba sensación entre las damas, pero menos en los caballeros, que al menor descuido quedaban enganchados en los cuernos.

Frente a uno de los espejos de la Galería, el barón von Kempelen realizaba una demostración de su último invento. *El Turco*, su autómatas ajedrecista, grandes bigotes, turbante y túnica ventilaba fácilmente a sus adversarios. Un corrillo de curiosos observaba el prodigio.

Los cortesanos que habían asistido a la representación teatral en *les Petits Appartements*, las estancias privadas en donde Luis XV recibía solo a los más íntimos, se iban mezclando con los demás, que habían permanecido esperando en la Galería.

—ME NIEGO, CABALLEROS. Me niego a decir ni una palabra más sobre este desafortunado episodio. La interpretación no me resultó tan terrible —aquí la marquesa Émilie de Savigné hizo una pausa intencionada—, ella se merecía algo más que ese pequeño aplauso.

Se refería a *madame* de Pompadour. La noticia de lo sucedido en el teatro ya saltaba de abanico en abanico en torno a la mesa de juego. En general con discreción, pero no era el caso del grupo de caballeros que rodeaban a Émilie. Estos se divertían con la conversación de la dama sin tratar de ocultarlo.

—Además —prosiguió la marquesa moviendo con gracia su blanco brazo que asomaba de la casaca de seda rosa pálido del vestido—, he tenido la cortesía de describiros la escena de mil maneras distintas... ¿Qué puedo hacer más?... ¿Queréis que os la declame? ¿Soy acaso poeta?

—Podéis empezar con algo así: «Tan difícil como competir con un puño de encaje...» —repuso rápidamente uno de los jóvenes.

La marquesa de Savigné continuó.

—No acostumbro a alabar la virtud, me resulta mortalmente aburrida. Pero como este no es el caso, puedo decir:

*Par vos façons nobles et franches,
Iris, vous echantez nos coeurs,
Sur nos pas vous semez des fleurs,
mais ce ne son que des fleurs blanches*^[1].

Las carcajadas que estallaron en el grupo atrajeron la atención de sus vecinos de la mesa de juego.

Philippe de Frontenac, viejo conocido de Émilie, no solo no rio sino que le respondió con tono pausado:

—Nada mejor que este... poemilla, Émilie, para atraer la atención sobre ti y que se te atribuyan todos los versos

sin autor que circulan en palacio sobre esa dama.

—Espero que no, la mayoría son verdaderamente terribles —repuso Émilie.

—A estas alturas lo difícil será convencerles de que no son obra tuya.

—*Mon chéri* Philippe, que quieres, escribirlos es una costumbre para mí. Ya sabes que empecé joven y los vicios tempranos nos atormentan toda la vida —dijo Émilie, que conocía a la Pompadour desde que esta era solo una joven burguesa llamada Jeanne Antoinette Poisson—. Y aun si yo dejara de escribirlas, otras *poissonades* seguirían circulando por palacio, y yo perdería mi pequeña diversión.

Philippe se dio por vencido.

—Espero que perdones mi insistencia y consideres mi consejo como el de un amigo prudente.

—No tengo nada que perdonarte, Philippe. Es más, te doy la razón sin ni siquiera discutir contigo. ¿Ves qué sensata me he vuelto? —Y continuó dirigiéndose a los demás—: Estoy pensando en cerrar mi salón literario de los miércoles hasta que no regrese mi sobrina Anne. Veamos si de este modo consigo que vuelva de ese aburridísimo lugar en el campo que nos priva de su compañía. Se lo diré en la próxima carta que le escriba, le dejaré claro que no organizaré ninguna reunión hasta que no vuelva y espero que se sienta culpable y eso acelere su regreso. —La marquesa hablaba solo para entretener. Conocía los motivos que habían llevado a su sobrina Anne a retirarse a su *château* de campo en la pequeña villa de Les Ormes. Motivos que tenían mucho que ver con lo que acababa de suceder esa velada en el teatro. Los demás también sabían que no hablaba en serio. Solo un asunto importante podía ocasionar que Anne Larcher, condesa de Argenson y sobrina de Émilie, hubiera abandonado París en pleno otoño—. Pero mi sobrina no hace caso de mis consejos. Figuraos —continuó Émilie— que sigue allí todavía sin *maître*.

Uno de los jóvenes, Henri de Montegnac, que había permanecido en un silencio terco toda la velada, preguntó:

—¿Y el *maître* que yo le había recomendado, no ha resultado del gusto de vuestra sobrina?

Émilie miró con cierta ironía al amante de Anne, si todavía lo era, y dijo dirigiéndose a los demás:

—Parece ser que hemos recuperado a Henri. —Y dirigiéndose ya al joven continuó—: Su conversación, *mon-sieur*, no nos ha dado esta noche ninguna satisfacción. Henri no contestó y la marquesa siguió:

—No ha habido manera de convencer a *madame* de O. para que prescinda de su *maître* así que, paciencia, seguiremos buscando.

La conversación del grupo se animó y Émilie miró a Philippe como queriendo decirle: «¿Ves cómo soy de prudente?». Se habló mucho y de muchos temas. El autómatas ajedrecista del barón von Kempelen ocupó una parte de la conversación, así como los preparativos de la partida de caza que el rey iba a realizar en breve a su finca de Les Fontaines. Se habló también de unos lienzos que Henri de Montegnac había encargado a un pintor muy de moda con la intención de ofrecérselos a Anne como regalo.

Un grupo de músicos estaba organizándose junto a ellos. Alumbrados por velas colocadas en candelabros de pie, intentaban afinar sus instrumentos, aunque con el estruendo del salón apenas se oían entre ellos. La música de Jean-Philippe Rameau empezó con brío, tratando de elevarse por encima del alboroto y deteniendo por un rato la conversación del grupo.

ÉTIENNE FRANÇOIS, duque de Choiseul, entró en la Galería por la puerta que comunicaba con el Salón de la Guerra. Pese a su baja estatura, se hizo paso entre la multitud con la energía de un titán. Avanzó hasta situarse cerca de la mesa de juego y allí se detuvo. Entonces se giró y miró a su

alrededor. La muchedumbre parecía ondear movida por corrientes ocultas, que no pasaban inadvertidas a Choiseul. Olfateaba el aire, con la actitud de un perro de caza olisqueando el rastro. Casi parecía que podían verse vibrar las aletas de su nariz, a la búsqueda de informaciones. Se movía de grupo en grupo saludando conocidos. La partida de Faraona tenía más jugadores que nunca. Seguía sonando la música de Rameau y finalmente Choiseul se enteró de que Luis XV y *madame* de Pompadour habían decidido permanecer en *les Petits Appartements* con un pequeño grupo de íntimos.

Esta noticia le enfureció, algo habitual en Choiseul. Se resistía a admitir que él, con su posición y capacidades, no fuera miembro del Consejo de Estado ni del círculo privado de confianza del rey. Irritado por estos pensamientos, recorría con su mirada los numerosos jugadores apiñados en torno a la mesa de juego. Entre ellos vio a una antigua amante, una actriz llamada Cécile.

La veía de espaldas, sentada en la mesa de Faraona, con sus hombros desnudos que le suscitaban siempre el deseo de morderlos. Esos hombros altivos y regordetes. Sorteando a la gente, Choiseul se le acercó por detrás y le murmuró unas palabras al oído.

La actriz giró la cabeza, y el lóbulo de su oreja rozó a Choiseul en los labios. Ella no se apartó. Permaneció quieta unos instantes dejando que él apreciase la proximidad de su cuerpo. Después se levantó y, con la ironía que le era característica, le presentó a su acompañante.

—*Monsieur Casanova*. Recién llegado de Venecia.

Algo parecido a un gruñido fue la única respuesta de Choiseul. No conocía personalmente al veneciano, pero era imposible fingir que no sabía quién era. Se había hablado mucho esos días de su espectacular fuga de la Prisión de los Plomos de Venecia.

El italiano era de modales desenvueltos y labios gruesos. Se mostraba muy seguro de sí mismo y no parecía im-

portarle la fortuna que había perdido esa noche en la mesa de juego.

—*Monsieur* de Choiseul, con vos quería hablar. Tengo una idea de negocio que resultará ciertamente de vuestro interés —le dijo Casanova a Choiseul sin preámbulos. Era evidente que él y la actriz habían preparado ese encuentro.

Choiseul le miró con suficiencia, esperando que le pidiera una entrevista para exponerle su idea. La petición llegó, pero no la que él esperaba.

—¿Sería posible que me concertarais una cita con el canciller de Estado, *monsieur* de Argenson? Estoy seguro de poder interesarle con mi proyecto hasta el punto de contar con su apoyo.

La mención al conde de Argenson, consejero de confianza del rey y Canciller de Estado, hizo que Choiseul, ya de pésimo humor, se irritara aún más.

—Sois demasiado optimista, *monsieur* —le contestó—. Creo que encontraréis imposible ser presentado en la corte si no acreditáis vuestros orígenes.

Se refería a títulos nobiliarios.

El italiano esbozó con descaro la mejor de sus sonrisas. Unos dientes perfectos asomaron a sus labios.

—Espero haceros cambiar de opinión, *monsieur* —respondió.

Pero ya no estaba interesado en la conversación sino que susurraba algo a la actriz. Palabras que a la artista parecían hacer mucha gracia y teñían de rubor su tez.

Aquello fue demasiado para Choiseul. Bufando se apartó de la pareja. La existencia de hombres como ese Casanova le recordaba que a veces no bastaba con tener su poder y su dinero. Además la noche, con el rey atrinchado con los suyos en *les Petits Appartements*, ya no tenía interés para él.

Avanzó entre el torbellino de aristocráticas plumas y casacas de seda y consiguió salir por una de las puertas de la galería que comunicaba con los jardines.

DENIS DE BEAUPRÈ, marido de la Catherine cuyas caderas tanto fascinaban al rey, meaba con ostentación en una estatua que representaba al rey en vestimenta de caza y adornaba el jardín cerca de las puertas de entrada a la Galería. La orina, en una proeza contraria a las leyes de la física, había alcanzado el rostro del monarca, salpicando la estatua y el muro situado detrás. Lejos de sentirse satisfecho por su buena puntería, murmuraba una letanía ininteligible y al parecer nada piadosa.

—... Mi... altísima... majestad... Luis... de... de Borbón... yo me meo, me meo, me meo en ti...

Denis observaba las gotas de orina que resbalaban por la superficie de la estatua. Pero por mucho que uno disfrute meándole a un rey en la cara, es un placer de breve duración, incluso si se han bebido ingentes cantidades de alcohol. Una vez hubo acabado, Denis agitó su flácido pene hasta la última gota. Luego colocó su cara a pocos milímetros de la de Luis XV y pasándole un brazo por los hombros, se concentró para soltarle un buen escupitajo.

Incluso enfadado, su boca tenía un gesto infantil que restaba carácter a su expresión. Eso pensó su tío materno, el duque de Choiseul, cuando tropezó con él en el jardín tras haber salido de la Galería. Observó a su sobrino unos instantes y dijo, no se sabe si a Denis o a la estatua:

—Qué inútiles resultan los vicios cuando no causan satisfacción alguna.

Denis lo miró interrogativo, con su brazo todavía en torno a los hombros de la estatua. No se encontraba en condiciones de percibir sutilezas. Esperó un momento más y luego se apoyó en la estatua para enderezarse. Se acercó oscilante hacia su tío, manchado todo de orina y tratando de ajustarse casaca y calzones.

—¿Qué tal se encuentra tu querida madre y hermana mía? ¿Sigue teniendo esos terribles dolores de cabeza?

—El tono de Choiseul transmitía toda la indiferencia que él quería imprimir.

—... Bien, bien..., está mejor, sí..., su médico le ha... le ha recomendado...

El intento del conde de Beauprè por mantener un tono de salón fracasó rotundamente. Apenas podía mantener el equilibrio. Su rostro estaba todo hinchado. Hizo no obstante un esfuerzo.

—Tengo que... hablaros...

Choiseul sacó un pañuelo y se lo llevó a la nariz. Su sobrino se le había acercado aún más, hasta pegar el rostro al suyo.

—... Me ha sido confirmado..., algo que yo suponía...

Choiseul se apartó un poco. El olor a alcohol y sudor de su sobrino le resultaba en extremo desagradable.

—¿Crees realmente necesario contármelo? Lo más probable es que tanto si yo lo sé cómo si no, nada cambie para ti —dijo Choiseul.

Entre las brumas de la mayor borrachera de su vida, su sobrino lo miró perplejo. Mas, con la tozudez propia de los borrachos y de los niños, pues era ambas cosas, continuó.

—... Me ha sido referido por esa vieja..., la marquesa... Savigné... En realidad no sé cómo empezar a explicároslo..., me ha dado la carta... —La ira volvía a él, impidiéndole prácticamente hablar.

—En ese caso lo mejor será que no me lo expliques —replicó el duque—. Podemos dar por concluida nuestra conversación y seguir atendiendo cada uno nuestros asuntos.

El conde de Beauprè se abalanzó sobre su tío.

—¡Necesito...! ¡Necesito vuestro consejo! ¡Y vuestra ayuda! —A cada palabra zarandeaba a Choiseul por los hombros. O más bien se aferraba fuertemente a él, como buscando un punto de apoyo, algo que lo sostuviera. El conde era más fuerte de lo que aparentaba y su tío perdió levemente el equilibrio.

Dos lacayos que estaban cerca, cuya única misión consistía en abrir la puerta de entrada a la Galería, dejaron de fingir que no estaban escuchando y miraron al duque para ver su reacción.

Choiseul miró con flema a su sobrino y con su pañuelo se secó la cara que el joven, al hablar, le había salpicado de saliva.

—Tendrá que ser en otro momento, jovencito. Hay muchos temas que requieren ahora mi atención —y, mirando al conde con desprecio, se dio la vuelta.

Denis trató de apoyarse en el murete de una fuente vecina. Las palabras de su tío se mezclaban confusas con las que la marquesa de Savigné le había dicho acerca de su mujer. Los altos setos de boj del jardín daban vueltas a su alrededor. «Dice ese cerdo lúbrico que se va de caza a Les Fontaines... Maldito sea por siempre... Como si Les Ormes... no estuviera... cerca de Les Fontaines... Catherine... ¡Maldito!».

Al oír esa mención a la partida de caza del rey, el duque cambió de idea y se giró hacia su sobrino con untuosidad.

—Bueno, bueno, sobrino... no será para tanto... ¿No es en Les Ormes dónde los condes de Argenson tienen el *château*?... Está cerca de Les Fontaines, tienes razón... Déjame que te ayude a levantarte. Me habías dicho algo de una carta... ¿Dices que te la ha dado Émilie de Savigné? Sí, sí, dámela..., a ver...

Siguió una conversación en voz baja, al término de la cual Choiseul le devolvió la carta a Denis. Miró a su sobrino evaluando la situación. No era una buena idea dejarle en palacio en el estado de imbecilidad en el que se encontraba. Por un momento pensó en meterlo en una carroza y mandarlo a su casa.

Reparó en la blusa manchada de alcohol y sudor del joven. ¡Demonios! Resultaba pestilente. Decidió alejarse. Los dos lacayos que sujetaban la puerta que daba acceso a la Galería lo miraron al pasar. Bajito, intrigante y emperifolla-

do según las últimas tendencias de la moda, lo que más llamaba la atención de él eran las grandes zancadas que daba al caminar. Sorprendentes en un hombre de su pequeño tamaño, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba doble tacón para parecer más alto.

DENIS SE QUEDÓ allí mismo, apoyado en el murete de la fuente, y poco a poco resbaló por él hasta sentarse en el suelo. El recuerdo de la alcoba de Catherine vacía le causó un sentimiento de abandono. Catherine hacía ya algunos días que se había ido a la residencia de sus primos los condes de Argenson en Les Ormes.

Denis conservaba arrugada entre los dedos la carta que le había dado esa noche *madame* de Savigné.

Pensando en la veterana cortesana y en lo que le había dicho sobre Catherine, una arcada lo acometió y se vomitó encima, lo cual mejoró el estado de su estómago pero empeoró notablemente el de su vestimenta y sobre todo el de la carta, que decía:

Al conde de Beauprè.

Dejaréis vuestro cargo de *menin* en palacio y aceptaréis el de inspector de infantería del Regimiento de Navarra en Givet, en la región fronteriza con Flandes. Asimismo informaréis a vuestra esposa *madame* de Beauprè de que ha tenido el honor de ser nombrada dama de compañía de las princesas en palacio. Así es mi deseo.

LUIS DE FRANCIA

Choiseul nunca pensó que la estupidez de su sobrino pudiera llegar a resultarle de utilidad. Pero ese momento parecía haber llegado y, tras alejarse del joven, se detuvo en la oscuridad para ordenar sus ideas. La intriga que acababa de revelarles Denis había pasado inadvertida a su nor-